

Estas cuestiones, que tienen relación con mi objeto, no forman parte de él; son americanas sin ser democráticas, y yo he querido sobre todo hacer el retrato de la democracia. He debido, pues, separarlos primeramente, pero debo ahora tratar de ellos para terminar.

CAPÍTULO X

Algunas consideraciones sobre el estado actual y el porvenir probable de las tres razas que habitan el territorio de los Estados Unidos.

La tarea principal que me había impuesto queda ya desempeñada, pues he hecho ver, al menos en cuanto me era posible, cuáles son las leyes de la democracia americana y he dado á conocer cuáles son sus costumbres. Podría terminar aquí; pero tal vez al lector le parecerá que no he satisfecho sus deseos. En efecto, en América hay algo más que la inmensa y completa democracia; se puede mirar desde varios puntos de vista los pueblos que habitan el Nuevo Mundo.

En el transcurso de esta obra mi asunto me ha solido conducir á hablar de los indios y de los negros; mas no he tenido nunca tiempo de detenerme para manifestar la posición que ocupan estas dos razas en medio del pueblo democrático que estaba describiendo; he dicho según qué espíritu y con la ayuda de qué leyes se había formado la confederación angloamericana; no he podido indicar sino de paso y de un modo asaz de incompleto, los peligros que amagan á aquella confederación y me ha sido imposible exponer detalladamente cuáles eran á más de las leyes y las costumbres, sus eventualidades de duración. Al hablar de las repúblicas unidas no he aventurado ninguna conjetura sobre la permanencia de las formas republicanas en el Nuevo Mundo, y haciendo á menudo alusión á la actividad comercial que reina en la Unión, no he podido, sin embargo, ocuparme del porvenir de los americanos como pueblo comerciante.

El territorio ocupado hoy ó reclamado por la Unión angloamericana, se extiende desde el Océano Atlántico hasta las costas del mar del Sur. Al Este y al Oeste sus límites son, pues, los mismos del continente; llega, por el Mediodía hasta la región tropical y se eleva por el lado opuesto hasta en medio de los hielos del Norte.

Los hombres extendidos por este espacio no forman, como en Europa, otras tantas manifestaciones de una misma familia. Descúbrese en ellos desde la primera mirada, tres razas naturalmente distintas y podría decir enemigas. La educación, la ley, el origen y hasta la forma exterior de las facciones habían levantado entre ellas una barrera casi inexpugnable; la suerte las ha reunido en el mismo suelo, pero mezclándolas sin poderlas confundir, y cada una prosigue aparte su destino.

Entre estos hombres tan diversos, el primero que llama la atención, el primero en luces, en poderío, en felicidad, es el hombre blanco, el europeo, el hombre por excelencia; por debajo de él aparecen el negro y el indio.

Estas dos razas desgraciadas nada tienen de común: ni el nacimiento, ni la figura, ni el lenguaje, ni las costumbres; en lo desdichadas es en lo que solamente se asemejan. Las dos ocupan una posición igualmente inferior en el país que habitan; entrambas experimentan los efectos de la tiranía y si bien son diferentes sus miserias, se las puede imputar á los mismos autores.

Se diría viendo lo que pasa en el mundo, que el europeo es á los hombres de las demás razas, lo que el hombre mismo es á los animales: los hace servir á su uso y cuando no puede domeñarlos los destruye.

¡La opresión ha arrebatado de un mismo golpe á los descen-

dientes de los africanos casi todos los privilegios de la humanidad! El negro de los Estados Unidos ha perdido hasta el recuerdo de su país; ya no entiende la lengua que hablaron sus padres, ha abjurado la religión y olvidado las costumbres de ellos y cesando así de pertenecer al África, no ha adquirido sin embargo ningún derecho á los bienes de Europa; pero se ha detenido entre las dos sociedades; ha permanecido aislado entre los dos pueblos, vendido por el uno y repudiado por el otro, no hallando en el universo entero más que el hogar de su amo que le presente la imagen incompleta de la patria. El negro no tiene familia, y no puede ver en la mujer otra cosa que la compañera transitoria de sus placeres y sus hijos al nacer son ya sus iguales.

¿Llamaré acaso un beneficio de Dios ó una postrera maldición de su ira á aquella disposición del alma que hace al hombre insensible á los extremados quebrantos y suele darle una especie de amor degradado por la causa de sus desdichas?

Sumido en este abismo de males, el negro apenas conoce su infortunio: la violencia le había colocado en la esclavitud; el uso de la servidumbre le ha dado pensamientos y ambición de esclavo; admira á sus tiranos aún más que los aborrece y cifra su alegría y su orgullo en la servil imitación de los que le oprimen. Su inteligencia ha descendido á la vez que su ánimo.

El negro entra al mismo tiempo en la servidumbre que en la vida. ¿Qué es lo que digo? Frecuentemente sucede que se le compra desde el vientre de su madre y principia, digámoslo así, á ser esclavo antes de nacer.

Sin necesidades como sin placeres, inútil para sí mismo, comprende por las primeras nociones que recibe de la existencia que es la propiedad de otro, cuyo interés está en velar por su vida; vislumbra que no le cabe en suerte el cuidado de la suya propia; el uso mismo del pensamiento le parece un don inútil de la Providencia, y goza apaciblemente de todos los privilegios de su inferioridad.

Si llega á ser libre, la independencia le suele parecer entonces una cadena más pesada que la misma esclavitud; porque en el transcurso de su vida ha aprendido á someterse á todo, excepto á la razón; y cuando la razón se hace su solo guía, no le es dable reconocer su voz. Mil necesidades nuevas le asedian, y carece de los

conocimientos y energía necesarios para resistirlas. Las necesidades son tiranos que es menester combatir, y el negro no ha aprendido sino á someterse y á obedecer.

Ha llegado, pues, á tal colmo de miseria moral, que le embrutece la servidumbre y la libertad le hace perecer.

La opresión no ha ejercido menos influencia en la raza india; pero tales efectos son diferentes.

Antes de arribar los blancos al Nuevo Mundo, los hombres que habitaban la América del Norte vivían tranquilamente en las selvas. Entregados á las vicisitudes ordinarias de la vida salvaje, mostraban los vicios y las virtudes de los pueblos incultos. Los europeos, después de haber dispersado á lo lejos las tribus indias por los desiertos, las han condenado á una vida errante y vagabunda, llena de inenarrables miserias.

Las naciones salvajes no se gobiernan sino por las opiniones y las costumbres.

Debilitando, pues, entre los indios de la América del Norte el sentimiento de patria; dispersando sus familias; obscureciendo sus tradiciones; interrumpiendo la cadena de los recuerdos; cambiando todos sus hábitos, y acrecentando desmesuradamente sus necesidades, la tiranía europea los ha hecho más desordenados y menos civilizados de lo que ya eran. La condición moral y estado físico de aquellos pueblos no han cesado de empeorar al mismo tiempo, y se han hecho más bárbaros á proporción que iban siendo más desdichados. Sin embargo, los europeos no han podido modificar enteramente el carácter de los indios y junto con el poder de destruirlos, nunca han tenido el de civilizarlos y someterlos.

El negro está colocado en las últimas lindes de la servidumbre y el indio, en los extremos de la libertad. La esclavitud, apenas produce en el primero efectos más funestos, que la independencia en el segundo.

El negro ha perdido hasta la propiedad de su persona y no puede disponer de su propia existencia sin cometer una especie de latrocinio.

El salvaje está entregado á sí mismo desde que puede obrar. Apenas si ha conocido la autoridad de la familia; jamás ha doblegado su voluntad ante la de ninguno de sus semejantes; nadie le ha enseñado á distinguir una obediencia voluntaria de una ver-

gonzosa sujeción ó ignora hasta el nombre ley. Para él, ser libre es escaparse de casi todos los vínculos de la sociedad. Complácese en esta independencia bárbara y preferiría perecer á sacrificar la menor parte de ella. La civilización halla poco medio de arraigar en semejante hombre.

El negro hace mil esfuerzos inútiles por introducirse en una sociedad que le rechaza; condesciende con los gustos de sus opresores, adopta sus opiniones y aspira, imitándolos, á confundirse con ellos. Se le ha dicho desde su nacimiento que su raza es, naturalmente, inferior á la de los blancos y no está lejos de creerlo; tiene, pues, vergüenza de sí mismo. En cada una de las líneas generales de su carácter descubre una señal de esclavitud y si pudiera consentiría gustoso en repudiarse á sí mismo.

El indio, al contrario, tiene la imaginación llena de la supuesta nobleza de su origen. Vive y muere en medio de estos sueños de su orgullo. Lejos de querer subordinar sus costumbres á las nuestras, se adhiere á la barbarie como á un signo distintivo de su raza, y arroja de sí la civilización, tal vez menos por rencor hacia ella que por temor de parecerse á los europeos (1).

Á la perfección de nuestras artes no quiere contraponer más que los recursos del desierto; á nuestra táctica, sólo su arrojo indisciplinado; á la profundidad de nuestros designios, sólo los im-

(1) El indígena de la América Septentrional conserva sus opiniones y hasta los más mínimos hábitos, con una inflexibilidad sin ejemplo en la historia. Desde hace más de doscientos años que las tribus errantes de la América del Norte tienen relaciones diarias con la raza blanca, no han tomado de ella ni una idea ni un uso. Los hombres de Europa han ejercido, no obstante, crecidísima influencia en los salvajes; han hecho al carácter indio más desordenado, pero no más europeo.

Hallándome en el verano de 1831 detrás del lago Michigán, en un sitio llamado Green-Bay que sirve de extrema frontera á los Estados Unidos por el lado de los indios del Noroeste, hice conocimiento con un oficial americano, el mayor H., el cual, un día, después de haberme hablado mucho de la inflexibilidad del carácter indio, me contó el caso siguiente: «Conocí en tiempos atrás—dijo,—un indio mozo que se había educado en un colegio de Nueva Inglaterra, donde obtuvo grandes éxitos y tomó todo el aspecto exterior de un hombre civilizado. Cuando estalló la guerra entre nosotros y los ingleses en 1810, volví á ver aquel mancebo que, á la sazón, servía en nuestro

pulsos espontáneos de su naturaleza salvaje. Y en esta lucha desigual, sucumbe.

El negro quisiera confundirse con el europeo, y no puede. El indio podría hacerlo hasta cierto punto, pero desdeña intentarlo. La servidumbre del uno le entrega á la esclavitud, y el orgullo del otro, á la muerte.

Tengo presente que, recorriendo las selvas que todavía cubren el Estado de Alabama, llegué un día cerca de la cabaña de un plantador; no quise entrar en la morada del americano y me fuí á descansar algún rato á la orilla de una fuente que estaba no lejos de allí, en el bosque. Mientras permanecí en aquel sitio, llegó una india (nos encontrábamos entonces cerca del territorio ocupado por la nación de los Crecks); llevaba de la mano una niña de cinco ó seis años, blanca, y que supuse era la hija del plantador. Una negra la acompañaba. Reinaba en el vestido de la india una especie de lujo bárbaro; arracadas de metal colgaban de sus narices y orejas; sus cabellos, adornados con abalorio, caían libremente sobre sus hombros, y vi que no era casada porque llevaba todavía el collar de conchas, que las doncellas tienen costumbre de depner sobre el tálamo nupcial.

La negra estaba cubierta de vestidos europeos casi hechos harapos. Sentáronse las tres juntas á la fuente, y la joven salvaje, tomando á la niña en sus brazos, la prodigaba caricias que se hu-

ejército, al frente de los guerreros de su tribu. Los americanos no admitieron á los indios en sus filas sino con condición de que se abstendrían del horrible uso de escarpelar á los vencidos. Por la noche del día de la batalla de C. vino á sentarse junto al fuego de nuestro vivaque; le pregunté qué le había sucedido en aquel día. Me lo contó, y animándose por grados con los recuerdos de sus proezas, entreabrió al fin su vestido, diciéndome: «No me venda, señor, pero mire». Vi, en efecto—añadió el mayor H.—la cabellera, que todavía sangraba, de un inglés» (*).

(*) Este es un caso de atavismo muy semejante á otra multitud de ellos que la sociología nos muestra, que son prueba de que las raíces del carácter no se descuajan tan rápidamente como se quisiera, y hacen dudar de la inmediata eficacia de la educación en lo atañadero á transformar y renovar ese íntimo y complejo sér que cada hombre lleva dentro de sí mismo, y hacen pensar que la educación pueda ser bozal y grillete; pero que ni quitan las predisposiciones á morder y á patear en quienes las tales predisposiciones suelen darse, y las cuales esperan una ocasión propicia para cristalizar en hechos.—(N. del T.)

bieran podido creer nacidas del corazón de una madre; la negra, por su parte, buscaba con mil artificios inocentes llamar la atención de la criollita, la cual mostraba en sus menores movimientos un aire de superioridad que hacía extraño contraste con su debilidad y su edad; se hubiera dicho que usaba de una especie de condescendencia, recibiendo los cuidados de sus compañeras. La negra, en cuclillas delante de su ama, atisbando cada uno de sus deseos, parecía compartir su ánimo entre un cariño casi maternal y un temor servil; mientras que, en cambio, reinaba hasta en la efusión de ternura de la mujer salvaje, un aire libre, arrogante y casi hurraño. Me acerqué y contemplé en silencio aquel espectáculo; mi curiosidad desagradó sin duda á la india, porque se levantó precipitadamente, empujó á la niña con cierta aspereza, y después de haberme mirado airadamente se metió por el bosque.

Muchas veces me había sucedido ver juntos en los mismos lugares á individuos de las tres razas humanas que pueblan la América del Norte; ya había advertido en mil efectos diversos la preeminencia ejercida por los blancos; pero en la escena que acabo de describir veíase alguna cosa más particularmente atractiva: un lazo de afecto reunía aquí los oprimidos á los opresores, y la naturaleza, esforzándose en aunarlos, hacía todavía más potente el espacio inmenso que habían puesto entre ellos las precauciones y las leyes.

ESTADO ACTUAL Y PORVENIR PROBABLE DE LAS TRIBUS INDIAS QUE HABITAN
EL TERRITORIO POSEÍDO POR LA UNIÓN.

Desaparición gradual de las razas indígenas.—Cómo se efectúa.—Amarguras que acompañan las emigraciones forzosas de los indios.—Los salvajes de la América del Norte no tenían más que dos medios de libertarse de la destrucción, á saber: la guerra ó la civilización.—Ya no pueden hacer la guerra.—Por qué no quieren civilizarse cuando podrían hacerlo, y ya no pueden cuando llegan á quererlo.—Ejemplo de los Creeks y Cherokees.—Política de los Estados particulares para con estos indios.—Política del gobierno federal.

Todas las tribus indias que habitaban en otro tiempo el territorio de Nueva Inglaterra, los narragauketes, los mohicanos, los pe-cotes, no viven ya más que en el recuerdo de los hombres; los le-

napes, que recibieron á Penn hace ciento cincuenta años, en las orillas del Delaware, han desaparecido actualmente. He encontrado á los últimos iroqueses pidiendo limosna. Todas las naciones que acabo de nombrar se extendían antiguamente hasta el mar, y ahora se han de andar más de cien leguas en lo interior del continente para dar con un indio. Estos salvajes, no sólo se han ido más allá, sino que están destruídos (1). A proporción que se alejan y mueren los indígenas, vienen en su lugar y se acrecienta sin cesar un pueblo inmenso. Nunca se había visto entre las naciones un desenvolvimiento tan prodigioso ni una destrucción tan rápida.

En cuanto al modo como se efectúa esta destrucción, es fácil indicarlo. Cuando los indios solos habitaban el desierto de que se les destierra hoy día, sus necesidades eran poquísimas: fabricaban ellos mismos sus armas; el agua de los ríos era su única bebida y por vestido tenían el pellejo de los animales cuya carne servía para alimentarlos. Los europeos introdujeron entre los indígenas de la América del Norte las armas de fuego, el hierro y el aguardiente; ellos les han enseñado á reemplazar con nuestros tejidos los vestidos bárbaros con que se había conformado hasta entonces la sencillez india. Contrayendo gustos nuevos, los indios no han aprendido el arte de satisfacerlos y les ha sido preciso recurrir á la industria de los blancos. En cambio de estos bienes que el salvaje no sabía crear, él no podía ofrecer nada sino las ricas pieles que encerraban todavía sus selvas. Desde este punto, la caza no debió solamente proveer á sus necesidades, sino también á las aficiones frívolas de Europa. Ya no persiguió á los animales de las selvas solamente para alimentarse de ellos, sino á fin de proporcionarse los solos objetos de cambio que podría darnos (2).

(1) En los trece Estados originarios ya no quedan más que seis mil doscientos setenta y tres indios. (Véase *Documents legislatifs*, 20.º Congreso, núm. 117, pág. 90).

(2) MM. Clark y Cass, en su informe al Congreso el 4 de Febrero de 1829, pág. 23, decían: «Ya está muy lejano de nosotros aquel tiempo en que los indios podían proporcionarse los objetos necesarios para su alimento y su vestido, sin recurrir á la industria de los hombres civilizados. Más allá del Missisipi, en un país donde todavía se hallan manadas de búfalos, había tribus de indios que siguen á estos animales salvajes en sus emigraciones: los indios de que ha-

Mientras se acrecentaban así las necesidades de los indígenas, no cesaban de amenguar sus recursos. En el momento en que algún establecimiento europeo se formaba en las inmediaciones del territorio ocupado por los indios, el bison se espanta (1). Miles de miles de salvajes, errando por las selvas, sin albergue fijo, no le asustaban, pero al instante que el ruido continuo de la industria europea se oye en cualquier sitio, principia á huir y á retirarse hacia Oeste, en cuya parte le enseña su instinto que todavía encontrará desiertos extensísimos. «Las manadas de bisontes se retiran incesantemente—dicen MM. Cass y Clark, en su relación hecha al Congreso en 4 de Febrero de 1829;— hace algunos años se acercaban aún á los Aleganis y dentro de poco, tal vez será difícil verlos en los llanos inmensos que se extienden á lo largo de los montes Rocallosos». Se me ha asegurado que este efecto de la aproximación de los blancos se percibía á doscientas leguas de su frontera. De este modo

blamos encuentran aún medio de vivir conformándose á todos los usos de sus mayores, pero los búfalos se alejan sin cesar. Ahora ya no se pueden apoderar sino con escopetas ó trampas (traps) de los animales salvajes de una especie más chica, como son el oso, el gamo, el castor, la almizclera, los cuales suministran particularmente á los indios cuanto es necesario para el sustento. En el Noroeste sobre todo, están obligados á entregarse á trabajos excesivos para alimentar á su familia. El cazador indio suele dedicar varios días seguidos á perseguir su presa, sin éxito; durante aquel tiempo su familia tiene que alimentarse con cortezas y raíces, ó bien perecer, como sucede, que muchos mueren de hambre en cada invierno.

Los indios no quieren vivir como los europeos, y, sin embargo, no pueden pasarse sin ellos, ni vivir enteramente como sus padres, según se juzgará por este solo caso, cuyo conocimiento lo he adquirido en documentos oficiales: hombres que pertenecían á una tribu india de las orillas del lago Superior habían quitado la vida á un europeo; el gobierno americano prohibió que se traficase con la tribu de que formaban parte los delincuentes, hasta tanto que se le hubiese entregado á éste: así sucedió.

(1) «Hace cinco años—dice Wolney, en su *Tableau de los Etats Unis*, pág. 570—yendo de Vincennes á Kaskaskias, territorio comprendido hoy en el Estado de Illinois, entonces enteramente salvaje (1797), no se atravesaban praderas sin ver manadas de cuatrocientos ó quinientos búfalos, y en el día ya no queda una: han pasado el Misisipí á nado acosadas por los cazadores y sobre todo importunadas por los cencerros de las vacas americanas».

se ejerce su influencia en tribus cuyo nombre apenas saben, y que sufren los males de la usurpación mucho tiempo antes de conocer á sus autores (1).

En breve, aventureros atrevidos penetran en las comarcas indias, llegan á distanciarse quince ó veinte leguas de la extrema frontera de los blancos y van á erigir la morada del hombre civilizado en medio de la barbarie. Les es fácil hacerlo, pues las lindes territoriales de un pueblo cazador están mal determinados. Por lo demás, aquel territorio pertenece á toda la nación y no es precisamente propiedad de nadie y, por consecuencia, el interés individual no defiende ninguna parte.

Algunas familias europeas, ocupando puntos muy lejanos, se ponen á cazar los animales salvajes de todo el espacio intermedio que se extiende entre ellas. Los indios, que hasta entonces habían vivido en una especie de abundancia, encuentran apenas de qué sustentarse y aún con más dificultad pueden proporcionarse los objetos permutables que necesitan, pues ahuyentarles su caza es para ellos, como es para nuestros labradores esterilizarles los campos. Resulta de ahí que bien pronto carecen casi enteramente de medios de existencia, en cuya circunstancia se ve á aquellos desvalidos andar correteando, cual lobos hambrientos, por entre sus desiertos bosques. El amor instintivo de la patria les adhiere al suelo en que nacieron (2) y donde ya no hallan otra cosa que la miseria y la muerte. Por fin se deciden; parten, y siguiendo de le-

(1) Cualquiera puede convencerse de la verdad de esto consultando el estado general de las tribus indias comprendidas en los límites reclamados por los Estados Unidos. (*Documentos legislativos*, 20.º Congreso, núm. 117, págs. 90-105). Veráse que las tribus del centro de América van en disminución rápida, sin embargo de que los europeos están todavía distanciadísimos de ellas.

(2) «Los indios—dicen los citados MM. Cass y Clark en su informe al Congreso, pág. 15,—están adheridos á su país por el mismo impulso cordial que á nosotros nos liga al nuestro y además unen á la idea de enajenar las tierras que dió el gran Espíritu á sus antepasados, algunas otras supersticiones que ejercen gran preponderancia en las tribus que aún no han cedido nada ó sólo han cedido una pequeña parte de su territorio á los europeos. «No vendemos el lugar en que reposan las cenizas de nuestros mayores» tal es la primera respuesta que siempre dan al que les propone comprarles sus campos.

jos en su fuga á la danta, al búfalo y al castor, dejan á estos animales salvajes el cuidado de elegirles una nueva patria. Propiamente hablando, no son los europeos quienes expulsan á los indígenas de América y sí la carestía, venturosa distinción que se les pasó por alto á los antiguos casuístas y que han descubierto los doctores modernos.

No es posible figurarse los espantosos males que acompañan á estas emigraciones forzosas. Al dejar los indios sus solares paternos, ya estaban despojados y reducidos, y la comarca á donde van á fijar su residencia está ocupada por poblaciones que ven con recelo á los recién llegados. Detrás de ellos queda el hambre, por delante está la guerra y en todas partes la miseria. Con el fin, pues, de escaparse de tantos enemigos se dividen, y cada cual, de por sí, se aísla para hallar furtivamente los recursos para sostener su existencia, viviendo en la inmensidad de los desiertos, como el proscripto en el interior de las sociedades civilizadas. Entonces se rompe la cadena social, desmedrada tiempo hacía. Para ellos ya se había acabado la patria, y muy pronto apenas si habrá pueblo ni quedarán familias; el nombre común se pierde, la lengua se olvida, los vestigios del origen desaparecen. La nación cesó de existir. Apenas vive en la memoria de los arqueólogos americanos, y sólo la conocen algunos eruditos de Europa.

No quiero que el lector crea que exagero aquí mis relatos. He visto con mis propios ojos varias desdichas de las que acabo de describir y he contemplado males que me es imposible bosquejar.

A fines del año 1831 me hallaba en la ribera izquierda del Missisipí, en un paraje que llaman los europeos, Menfis. Durante mi permanencia allí, llegó á aquel lugar una banda numerosa de Chactaw (los franceses de la Luisiana los nombran Chactas); aquellos salvajes abandonaban su país é intentaban pasar á la ribera derecha del mencionado río, en donde esperaban encontrar un asilo que les prometía el gobierno americano. Era á la sazón lo más recio del invierno, y el frío era intenso aquel año de una manera no acostúmbra; la nieve se había hecho un peñasco en el suelo y el río conducía enormes témpanos de ella. Los indios traían consigo sus familias; iban á la zaga jadeando: heridos, enfermos, niños de tierna edad y ancianos valetudinarios. No llevaban tiendas de campaña ni carruaje ninguno, sino solamente al-

gunas provisiones y armas. Los vi embarcarse para atravesar el caudaloso río, y tan solemne espectáculo nunca lo echaré en olvido. No se oían entre aquel tropel apiñado, ni sollozos, ni quejas: iban silenciosos. Sus desventuras eran antiguas y las conceptuaban irremediables. Todos los indios habían ya entrado en el bajel que los debía transportar, y sus perros estaban todavía en la orilla; cuando estos animales vieron, al fin, que sus amos iban á alejarse para siempre, arrojaron juntos horribles aullidos, y lanzándose á la vez en las aguas heladas del Missisipí, siguieron á aquellos á nado.

El despojo hecho de la propiedad de los indios se suele efectuar en nuestros días de un modo regular, y, por decirlo así, del todo legal. Cuando la población europea empieza á aproximarse al desierto ocupado por una nación salvaje, el gobierno de los Estados Unidos envía comúnmente á esta última una embajada solemne; los blancos congregan á los indios en una gran llanura, y después de haber comido y bebido con ellos, les dicen: «¿Qué hacéis en el país de vuestros padres? En breve os veréis en la precisión de desenterrar sus huesos para vivir allí. ¿En qué vale más que otras la comarca que habitáis? ¿No hay bosques y praderas sino allí donde estáis? ¿Y no podéis vivir más que debajo de vuestro cielo? Más allá de aquellos montes que veis en lontananza, pasado aquel lago que limita el lado Oeste de vuestro territorio, existen vastas comarcas donde aún abundan las bestias salvajes, vendednos vuestras tierras é id á vivir dichosos en aquellos lugares». Pronunciado este discurso sacan á la vista de los indios armas de fuego, vestidos de lana, barriles de aguardiente, collares de abalorio, brazaletes de estaño, pendientes y espejos (1). Si

(1) Véase en los *Documentos legislativos del Congreso*, docum. 117, la narración de lo que pasa en tales circunstancias. Este trozo curioso se halla en el informe ya citado, hecho por MM. Clark y Lewis Cass al Congreso el 4 de Febrero de 1829; M. Cass es hoy secretario de Estado del despacho de la guerra.

«Cuando los indios llegan al paraje en que debe efectuarse el tratado—dicen—son pobres y están casi desnudos. Allí ven y examinan crecidísimo número de objetos preciosos para ellos, que tienen buen cuidado los mercaderes americanos de llevar á aquel lugar. Las mujeres y los niños, que desean que se provea á sus necesidades, co-

en presencia de tales riquezas aún vacilan, se les insinúa que no pueden menos de consentir en lo que se les pide, siendo el mismo gobierno ineficaz, dentro de poco, para resguardarles el goce de sus derechos. ¿Qué partido, pues, les queda que tomar? Medio convencidos, medio hostigados, los indios se alejan; van á habitar nuevos desiertos, en donde los blancos no los dejarán tranquilos ni durante diez años. Así es como adquieren los americanos, á precio bajo, provincias enteras que no podrían pagar los más ricos soberanos de Europa (1).

Acabo de exponer grandes males y añado que me parecen

mienzan entonces á atormentar á los hombres con mil preguntas importunas y emplean todo su valimiento sobre estos últimos para que se verifique la venta de las tierras. La impresión de los medios empleados es habitual é invencible. Proveer á sus necesidades inmediatas y condescender á sus deseos presentes, son las pasiones irresistibles de un salvaje; la espera de ventajas futuras obra débilmente en él; olvida con facilidad lo pasado y no se ocupa de lo venidero. En balde se pediría á los indios la cesión de una parte de su territorio á no estar en condiciones de satisfacer en el mismo acto sus necesidades. Cuando se contempla imparcialmente la situación en que se hallan aquellos desgraciados, no maravilla el ahinco que ponen en proporcionar algún alivio á sus males.

(1) El día 19 de Mayo de 1830, M. Ed. Everetf aseguraba ante la Cámara de representantes, que los yanquis habían ya adquirido por tratado, en el Este y el Oeste del Missisipi, doscientos treinta millones de fanegas de tierra.

En 1808, los orajes cedieron millares de fanegas por una renta de mil dollars.

En 1818, los quapaus cedieron millones de fanegas por cuatro mil dollars. Se reservaron un territorio de un millón de fanegas con el objeto de cazar en él. Habíase jurado solemnemente que se le respetaría; pero no se tardó en apoderarse de él, como de los demás.

«Con el fin de apropiarnos las tierras desiertas cuya propiedad reclaman los indios—decía M. Bell, encargado del informe de los negocios indios para ser presentado al Congreso en su reunión de 24 de Febrero de 1830—hemos adoptado el uso de pagar á las tribus indias lo que vale su coto de caza (*humanity and expediency*), cuando ésta se ha escapado ó destruido. Es más ventajoso, y ciertamente más conforme á las reglas de la justicia y más humano, el obrar así que el apoderarse á mano armada del territorio de los salvajes (*).

(*) ¡Claro! Y ninguno de estos procedimientos empleados para despojar á los indios «sonrojan á la civilización». ¡Naturalmente!—(N. del T.).

irremediables, pues en mi concepto la raza india de la América del Norte se halla condenada á perecer y no puedo menos de pensar que el día que los europeos se establezcan en las costas del Océano Pacífico (1), los indios de la América Septentrional no tendrán más que dos caminos para salvarse, que son: la guerra y la civilización, ó sea, en otros términos, destruir á los europeos ó hacerse sus iguales.

En el nacimiento de las colonias le habría sido posible, uniendo sus fuerzas, libertarse del corto número de extranjeros que acababan de arribar á las costas del continente (2). Repetidas veces intentaron hacerlo y estuvieron á punto de triunfar. Hoy la desproporción de los recursos es bastante grande para que puedan aspirar á llevar á cabo tal empresa. Sin embargo, aún hay entre las naciones indias hombres inteligentes que previendo la suerte que les está reservada á los salvajes, procuran reunir todas las

El uso de comprar á los indios su título de propiedad no es, pues, otra cosa que un nuevo modo de adquisición que la humanidad y el interés (*humanity and expediency*) han sustituido á la violencia y que debe igualmente enseñorearnos de las tierras que reclamamos en virtud del descubrimiento, y que nos afianza, por otra parte, el derecho que tienen las naciones civilizadas de establecerse en el territorio ocupado por las tribus salvajes.

Hasta el presente día, varias causas no han cesado de disminuir á los ojos de los indios el precio del suelo que ocupan, y en seguida ellas mismas los han inducido á vendérselos fácilmente. El uso, pues, de comprar á los salvajes su derecho de ocupantes (*right of occupancy*) nunca ha podido retardar en un grado perceptible la propiedad de los Estados Unidos. *Documentos legislativos*, 20.º Congreso, número 227, pág. 6).

(1) Esta opinión nos ha parecido ser la de casi todos los estadistas americanos. «Si se juzga de lo venidero por lo pasado, decía M. Cass al Congreso, se debe prever una disminución progresiva en el número de indios, y contar con la extinción final de su raza, pues para que no tuviese lugar este accidente, sería preciso que cesaran de extenderse las fronteras, y se fijasen los salvajes más allá, ó bien se efectuara una mudanza completa en nuestras relaciones con ellos. esperanza que sería poco cuerda».

(2) Véase, entre otras, la guerra emprendida por los Wampanoags y las demás tribus confederadas, cuyo caudillo fué Métacom, en 1675, contra los colonos de Nueva Inglaterra, y la que tuvieron que sostener los ingleses en 1622, en Virginia.

tribus de éstos bajo el odio común á los europeos, pero son impotentes sus esfuerzos. Los pueblos indios que viven en la vecindad de los blancos son ya muy débiles para ofrecer una resistencia eficaz, y los demás, entregados á esa indolencia pueril respectiva al día siguiente, que caracteriza la vida salvaje, aguardan á que asome el peligro para ocuparse de él; los unos no pueden, los otros no quieren obrar.

Es fácil de prever que los indios nunca querrán civilizarse ó será tarde cuando lo quieran.

La civilización es el resultado de un dilatado trabajo social que se opera en el mismo lugar, y que las diferentes generaciones se legan unas á otras, sucediéndose. Los pueblos en que aquélla consigue más difícilmente fundar su imperio, son los pueblos cazadores. Las tribus pastoriles mudan de lugares; pero siempre siguen un orden regular en sus emigraciones y se tornan, al fin, al punto de donde salieron; la morada de los cazadores varía, como las de los mismos animales á los cuales persiguen.

Varias veces se ha intentado hacer penetrar las luces entre los indios dejándoles sus costumbres vagabundas; los jesuitas lo acometieron en el Canadá, y los puritanos en Nueva Inglaterra (1), sin que ni unos, ni otros hiciesen nada duradero; la civilización nacía en la choza é iba á morir en las selvas. La gran falta de aquellos legisladores de los indios era no comprender que para llegar á civilizar un pueblo, lo primero de todo ha de ser conseguir que se haga sedentario, lo cual no puede suceder sino cultivando el terreno. De lo primero que había de tratarse, pues, sería de hacer labradores á los indios; y no solamente éstos no poseen tal preliminar, indispensable á la civilización, sino que les es muy dificultoso adquirirlo.

Los hombres dados á la vida ociosa y aventurera de los cazadores, experimentan un hastío casi insuperable hacia los trabajos constantes y regulares que requiere la agricultura, según puede verse en el seno mismo de nuestras sociedades; pero esto es mucho más visible aún en los pueblos para quienes los hábitos de la

(1) Véanse los diferentes historiadores de la Nueva Inglaterra, y también la *Historia de Nueva Francia*, por Charlevoix, y las *Cartas edificantes*.

caza se han convertido en costumbres nacionales. Prescindiendo de esta causa general, hay otra no menos poderosa que sólo se encuentra entre los indios y aunque ya indicada, creo deber recordarla. Los indígenas de la América del Norte no consideran solamente el trabajo como un mal, sino como una deshonra; y su orgullo lucha contra la civilización tan obstinadamente como su fiereza (1). No hay indio, por miserable que sea, que, metido en su choza de corteza, no conserve una opinión elevada de su mérito individual; considera los cuidados de la industria como ocupaciones que envilecen; compara al labrador con el buey que hace surcos, y en cada una de nuestras artes no percibe más que trabajos de esclavos. Pero no es porque no haya concebido una elevada idea del poderío de los blancos y de la grandeza de su inteligencia, sino que si bien admira el resultado de nuestros esfuerzos, desprecia los medios que nos lo han hecho obtener, y al mismo tiempo que aguanta nuestro ascendiente se cree superior á nosotros.

La caza y la guerra le parecen los únicos cuidados dignos de un hombre (2). Luego el indio, en medio de la miseria de sus bos-

(1) «En todas las tribus, dice Volney en su *Cuadro de los Estados Unidos*, pág. 424, existe todavía una generación de ancianos guerreros, que viendo manejar la azada no cesan de gritar contra la degradación de las costumbres antiguas, pretendiendo que los salvajes no deben su decadencia sino á estas innovaciones, y que, para recobrar su gloria y su prepotencia, les bastaría volver á sus costumbres primitivas».

(2) «Hállase en un documento oficial la pintura siguiente: Hasta que un mancebo se las haya habido con el enemigo y pueda jactarse de algunas proezas, no se tiene hacia él ninguna consideración, y se le mira casi como á una mujer».

En sus grandes bailes de guerra vienen los guerreros, unos tras otros, á pegar en el *poste*, como ellos llaman, y refieren sus hazañas. En semejante caso se compone su auditorio de los parientes, amigos y compañeros del narrador. La profunda impresión que producen en ellos sus palabras se manifiesta en el silencio con que se les escucha y en los aplausos estrepitosos que acompañan al fin de sus historias. El joven que nada tiene que contar en semejantes reuniones se conceptúa desgraciadísimo, y existen casos en que guerreros mozos, cuyas pasiones habían sido así estimuladas, se separaron de golpe de la danza, y partiendo solos, fueron á buscar trofeos que poder mostrar y aventuras de que les fuera permitido gloriarse».

ques, alimenta las mismas ideas y las mismas opiniones que el noble de la Edad Media en su castillo roquero, no faltándole, para acabar de parecerse á él, sino hacerse conquistador. ¡Cosa singular! En las selvas del Nuevo Mundo, y no entre los europeos que pueblan sus costas, se encuentran hoy las antiguas preocupaciones de Europa.

En el curso de esta obra, más de una vez he probado á dar á conocer el influjo extraordinario que me parecía ejercer el estado social en las leyes y costumbres de los hombres. Permítaseme, pues, añadir á este particular una sola palabra.

Cuando diviso la semejanza que existe entre las instituciones políticas de nuestros padres los germanos y las de las tribus errantes de la América Septentrional, entre las costumbres descritas por Tácito y las que he presenciado algunas veces, no puedo menos de pensar que la misma causa ha producido en ambos hemisferios los mismos efectos, y en medio de la diversidad aparente de las cosas humanas, no es imposible hallar un corto número de hechos generadores de que dimanen todos los demás. Por consiguiente, en lo que llamamos instituciones germanas, me inclino á no ver más que hábitos de bárbaros, y opiniones de salvajes en lo que conocemos bajo el nombre de ideas feudales.

Sean cuales fueren los vicios y las preocupaciones que impiden á los indios de la América del Norte hacerse labradores y civilizados, algunas veces los obliga á ello la necesidad. Varias naciones considerables del Sur, entre otras las de los Cherokees y Creeks (1), se encontraron como envueltas por los europeos que,

(1) Estas naciones se hallan en el día concentradas en los Estados de Georgia, Tennessee y Misisipi. Antiguamente había en el Sur (véase allí los restos), cuatro naciones grandes, á saber: los chotaws, los chikasaws, los creeks y los cherokees. Sus restos formaban todavía, en 1830, unos 75.000 individuos. Cálculase que se encuentran al presente en el territorio ocupado ó reclamado por la Unión angloamericana 300.000 indios, poco más ó menos. (Véase *Proceeding of the indian board in the city of New-York*). Los documentos de oficio suministrados al Congreso hacen ascender esta cantidad á 313.130. El lector que tuviera curiosidad de conocer el nombre y la fuerza de todas las tribus que habitan el territorio angloamericano, deberá consultar los documentos tantas veces citados en esta obra. (*Documentos legislativos*, 20.º Congreso, núm. 117, págs. 90-105).

desembarcando en las riberas del Océano, descendiendo al Ohío y subiendo el Misisipi, llegaban á la par en derredor suyo. No se las ha expulsado de trecho en trecho como á las tribus del Norte, antes sí, se las ha ido apiñando poco á poco en límites estrechísimos, al modo de los cazadores que hacen al pronto el recinto de un coto, antes que penetrar simultáneamente en lo interior. Los indios, colocados entonces entre la civilización y la muerte, se han visto reducidos á vivir vergonzosamente de su trabajo como los blancos y, por consecuencia, se han hecho cultivadores; pero sin dejar enteramente sus hábitos ni sus costumbres, han sacrificado de ellos lo que era del todo indispensable para su existencia. Los cherokees no se pararon en esto: crearon una lengua escrita, establecieron una forma bastante estable de gobierno, y como todo marcha con pasos precipitados en el Nuevo Mundo, tuvieron un periódico (1) antes que todos estuviesen provistos de vestidos.

Lo que ha favorecido sobremanera el rápido desarrollo de los hábitos europeos entre aquellos indios, fué la presencia de los mestizos (2), pues éstos, participando de la cultura de sus padres, sin abandonar completamente los usos salvajes de su raza materna, forman el vínculo natural entre la civilización y la barbarie, sucediendo que por dondequiera que se han multiplicado se ha visto á los salvajes modificar paulatinamente su estado social y mudar sus costumbres (4). El buen éxito de los cherokees prueba,

(1) Traje conmigo á Francia uno ó dos ejemplares de esta extraordinaria publicación.

(2) Véase en la relación de la Junta de los asuntos indios, Congreso 21.º, núm. 227, pág. 23, lo que ha dado margen á haberse multiplicado los mestizos entre los cherokees: la causa principal se eleva al tiempo de la guerra de la independencia. Muchos angloamericanos de Georgia, habiendo tomado partido por Inglaterra, se vieron en la precisa obligación de retirarse donde estaban los indios, casándose allí.

(3) Por desgracia, los mestizos fueron los menos y, por consiguiente, no ejercieron tanto influjo en la América del Norte como en las demás partes.

Dos naciones grandes de Europa poblaron aquella porción del continente americano: los franceses y los ingleses. Los primeros no tardaron en contraer alianzas con hijas de los indígenas, pero lo malo fué que se hallaba una afinidad secreta entre el carácter indio

pues, que los indios tienen la aptitud para civilizarse, pero de ningún modo que puedan llevarla á efecto.

Esta dificultad que hallan los indios en someterse á la civilización, nace de una causa general á la que es casi imposible sustraerse. Si se echa una mirada atenta por la historia, se descubre que por lo común los pueblos bárbaros se han elevado poco á poco por sí mismos y por sus propios esfuerzos, hasta la civilización. Cuando les ocurrió ir á ilustrarse en una nación extranjera, fué porque desempeñaban entonces, respecto á ella, el papel de vencedores y no la situación de vencidos. Cuando el pueblo conquistado es ilustrado y el pueblo conquistador medio salvaje, como en la invasión del imperio romano por las naciones del Norte, ó en la de China por los mongoles, el poderío que afianza la victoria al bárbaro es suficiente para conservarle al nivel del hombre civilizado y permitirle marchar á la par de él hasta que se haga su émulo; el uno tiene en su favor la fuerza, y el otro la inteligencia; el primero admira las ciencias y las artes de los vencidos y el segundo envidia la potestad de los vencedores. Los bárbaros introducen por fin al hombre culto en sus palacios, y el hombre culto les abre luego sus escuelas. Mas cuando el que posee la fuerza material goza al mismo tiempo de la preponderancia intelectual, es

y el de ellos, y en vez de dar á los bárbaros la afición y los hábitos de la vida civilizada, son ellos quienes solieron adherirse apasionadamente á la vida salvaje, llegando á ser los huéspedes más peligrosos de los desiertos y granjeándose la amistad del indio con la exageración de sus vicios y virtudes. M. de Sénouville, gobernador del Canadá, escribía á Luis XIV, en 1685: «Por prolongado tiempo se ha estado creyendo que era menester aproximar los salvajes á nosotros para afrancesarlos, lo cual es un solemne error, pues los que se han acercado á nosotros no se han hecho franceses, y los franceses que los han frecuentado se volvieron salvajes, afectando hasta vestirse y vivir como ellos». (*Historia de Nueva Francia*, por Charlevoix, vol. II, pág. 345). El inglés, por el contrario, permaneciendo obstinadamente adicto á las opiniones, á los usos y á los menores hábitos de sus mayores, se ha quedado en medio de las soledades americanas, siendo lo que era en el centro de las ciudades de Europa, prueba de que no ha querido entablar ningún contacto con salvajes que vilipendiaba, evitando esmeradamente mezclar su sangre con la de los bárbaros. Así, pues, mientras el francés no ejercía ningún influjo saludable en los indios, el inglés les era siempre extraño.

raro que se civilice el vencido: se retira ó queda destruído. Por eso se puede decir, de un modo general, que los salvajes van á buscar la luz con las armas en la mano sin que la reciban.

Si las tribus indias que habitan ahora en el centro del continente pudieran hallar en sí mismas tesón bastante para emprender el civilizarse, tal vez se saldrían con la suya, pues superiores entonces á las naciones bárbaras circunvecinas, irían tomando poco á poco fuerzas y experiencia, y cuando asomaran al fin los europeos por sus fronteras, se encontrarían en estado, ya que no de mantener su independencia, cuando menos de hacer reconocer sus derechos de territorio y de incorporarse á los vencedores. Pero la desgracia de los indios es el entrar en contacto con el pueblo más civilizado, y, añadiré aún, más codicioso del globo, estando todavía ellos mismos medio bárbaros; el hallar en sus maestros amos y el recibir la opresión á la par que las luces.

Viviendo en brazos de la libertad de las selvas, el indio de la América del Norte se hallaba en la miseria; pero no se conceptuaba inferior á nadie, y al punto que quiere penetrar en la jerarquía social de los blancos, no le es dable ocupar sino el último lugar, puesto que entra ignorante y pobre en una sociedad en que reina la ciencia y la riqueza. Tras haber llevado una vida agitada, llena de males y peligros, bien que al mismo tiempo rebosando grandeza (1), le es forzoso someterse á una existencia monótona,

(1) En la vida aventurera de los pueblos cazadores hay no sé qué atractivo irresistible que antecoge el ánimo del hombre y le arrastra, aun á despecho de su corazón y de la experiencia. Se puede uno convencer de esta verdad leyendo las *Memorias de Tanner*.

Tanner es un europeo que fué robado de edad de seis años por los indios y que permaneció treinta en las selvas con ellos. Es imposible ver nada más espantoso que las miserias que él mismo describe. Nos hace ver tribus sin caudillos, familias sin nación, hombres aislados, restos mutilados de tribus poderosas, errando á la ventura por medio de los hielos y de las yermas soledades del Canadá. El hambre y la sed los persiguen hasta términos de que todos los días están á pique de perecer. Entre ellos las costumbres han perdido su imperio y las tradiciones no tienen poder. Los hombres se hacen más y más bárbaros. Tanner participa de todos estos males; conoce su origen europeo; no está retenido por fuerza lejos de los blancos; antes bien, va todos los años á traficar con ellos, recorre

obscura y degradada. Ganar con penosos trabajos y en medio de la ignominia el pan que debe alimentarle, es á sus ojos el único resultado de aquella civilización que tanto se le pondera. Y aun este resultado no siempre hay seguridad de alcanzarlo.

Cuando los indios quieren imitar á los europeos vecinos suyos y cultivar como éstos la tierra, se hallan al instante expuestos á los efectos de una competencia funestísima. El blanco es dueño de los secretos de la agricultura. El indio entra por primera vez toscamente en un arte que ignora. Aquél hace crecer sin gran molestia grandes campos de sembradura, y éste no saca de la tierra sus frutos, sino con abrumador esfuerzo.

El europeo está colocado en medio de una población cuyas necesidades conoce y experimenta.

El salvaje está aislado en medio de un pueblo enemigo, cuyas costumbres, lengua y leyes, sólo conoce incompletamente y de que,

sus viviendas, ve su desahogo; sabe que el día que quiera volver á entrar en el seno de la vida civilizada, lo podrá hacer fácilmente, y con todo eso se queda treinta años en los desiertos. Cuando vuelve al fin al seno de una sociedad civilizada, confiesa que la existencia cuyas miserias describe, tiene para él encantos secretos que no le es posible definir; torna á ella sin cesar, después de haberla dejado; no se aparta de tantos males sino con mil pesares, y luego que al cabo se fija entre los blancos, varios de sus hijos rehusan venir con él á participar de su tranquilidad y buen acomodo.

Yo mismo encontré á Tanner á la entrada del lago Superior, y me pareció asemejarse mucho más á un salvaje que á un hombre civilizado.

Sin embargo de que en la obra de Tanner no se halla orden ni gusto, eso no impide que el autor haga en ella, aun sin saberlo, una viva pintura de las preocupaciones, pasiones, vicios y, sobre todo, de los quebrantos de las personas entre las cuales ha vivido.

El vizconde Ernesto de Blosseville, autor de una excelente obra sobre las colonias penales de Inglaterra, ha traducido las *Memoorias de Tanner* y las publicará en el transcurso del año que va á principiar (1836). El señor de Blosseville ha añadido á su traducción notas sumamente interesantes que permitirán á los lectores comparar los hechos referidos por Tanner con los ya relatados por crecido número de observadores antiguos y modernos.

Todos cuantos deseen conocer el estado actual y prever la suerte futura de las razas indias de la América septentrional, deben apeteer que M. de Blosseville acelere la publicación de su obra.

no obstante, no le es dado prescindir. Para hallar algún desahogo no le queda más recurso que permutar sus productos por los de los blancos, pues que sus compatriotas ya sólo le pueden servir para prestarle débil ayuda. Así, pues, cuando el indio quiere vender los frutos de su trabajo, no siempre encuentra al comprador, que en cambio halla fácilmente el labrador europeo, y no puede producir sino con gastos costosísimos lo que el otro vende á precio ínfimo.

El indio no se ha substraído á los males á que están expuestas las naciones bárbaras, sino para someterse á las mayores desdichas de los pueblos cultos, encontrando casi tantas dificultades en vivir en el seno de nuestra abundancia, como en lo interior de su selva. En él, no obstante, no se han destruido todavía los hábitos de la vida vagabunda. Las tradiciones no han perdido su imperio, el gusto de la caza no se ha extinguido. Los regocijos salvajes que experimentó en tiempos atrás en el fondo de los bosques, acuden entonces con más vivo color á su turbada imaginación; las privaciones que ha sufrido le parecen al contrario menos horrorosas, y los peligros que corría menos grandes. La independencia de que goza entre sus iguales hace contraste con la posición servil que ocupa en una sociedad civilizada.

Por otro lado, la soledad en que por tanto tiempo ha vivido libre, no está lejos de él, pues algunas horas de camino pueden devolvérsela. Por el campo á medio desmontar, del que apenas obtiene con qué alimentarse, los blancos, vecinos suyos, le ofrecen un precio que le parece subido. Quizá este dinero que le presentan los europeos le permitiría vivir feliz y sosegado lejos de ellos. Deja, pues, el arado, vuelve á tomar sus armas y á internarse para siempre en el desierto (1).

(1) Esta influencia destructora que ejercen los pueblos muy civilizados en los que lo son menos, se observa entre los mismos europeos. Unos franceses habían fundado hace más de un siglo, en medio del desierto, la ciudad de Vincennes sobre el Wabash. Allí vivieron con gran abundancia hasta la llegada de los emigrados americanos. Éstos empezaron al punto á arruinar á los antiguos habitantes por medio de la competencia, y después les compraron sus tierras á precios ínfimos. Al atravesar Vincennes M. de Volney, de quien tomo estas particularidades, el número de franceses estaba reducido á